

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 1



PONTIFICIA
**UNIVERSIDAD
CATÓLICA**
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



CARLOS TUCCIO



22-23

Carlos Tuccio fue uno de los iniciadores del teatro en la Universidad Católica en los años 50, donde trabajó bajo la dirección del padre Ramón María Condomines. Su teatro es de una brillantez y una entrega poco comunes.

Fidelidad al teatro

La historia siempre es la misma y debería contarse siempre igual o lo más parecida posible.

Corrían los primeros días de abril de 1950. Se iniciaban los cursos en la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales de la Pontificia Universidad Católica del Perú y, en un descanso entre clases, se me acerca un compañero (que con los años llegaría a ser mi compadre, padrino de bautismo de mi tercer hijo) y me dice que ha escuchado mis exposiciones en clases y que tiene la idea de que mi tesitura vocal

es de bajo. Luego me dice que él es director técnico y actor de la Compañía Lírica de Lima y que si me gustaría hacer una prueba para formar parte de ella, por cuanto requerían un actor con esa calidad de voz.

¡Me dieron en la yema del gusto! Yo, desde pequeño, gustaba de cantar y actuar, pero en el colegio donde estudiaba, como había cambiado tonalidad de voz muy pronto, no era escogido. Buscaban las llamadas voces blancas para el coro, del que luego escogían a los participantes en las obras teatrales de fin

de año, por lo que me sentía un tanto frustrado por mi capacidad actuarial no reconocida.

Recuerdo que la propuesta la recibí con júbilo un día jueves y, claro, la prueba debería hacerla el sábado en la mañana, en el Centro Católico de Miraflores, donde se ensayaban las zarzuelas.

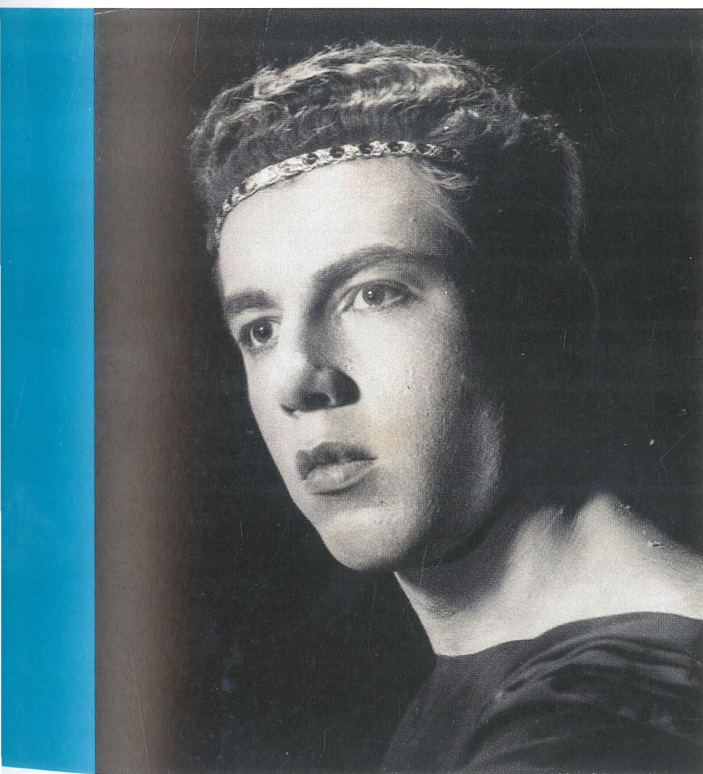
Con mi puntualidad característica, a las 9:00 a.m. estuve, ansioso y nervioso, a la espera de la aprobación de mis condiciones actorales y vocales, cosa que conseguí de inmediato. Pasé a tomar el rol del limosnero ciego en la zarzuela *La alegría de la huerta*, del maestro Chueca, además a formar parte del coro, tanto de esa zarzuela como de los *Tres gorriones*, del maestro Valverde. Dos meses después estrenábamos en el teatro Segura *El gorro frigio*, del maestro Nieto, y *La viejecita*, del maestro Fernández Caballero, donde ya obtuve un importante rol, el del Marqués.

Cuento todo esto para que se entienda que, después de esas pruebas, me había reencontrado con mi verdadera vocación. Esto me demostró que tenía que estudiar teatro, también.

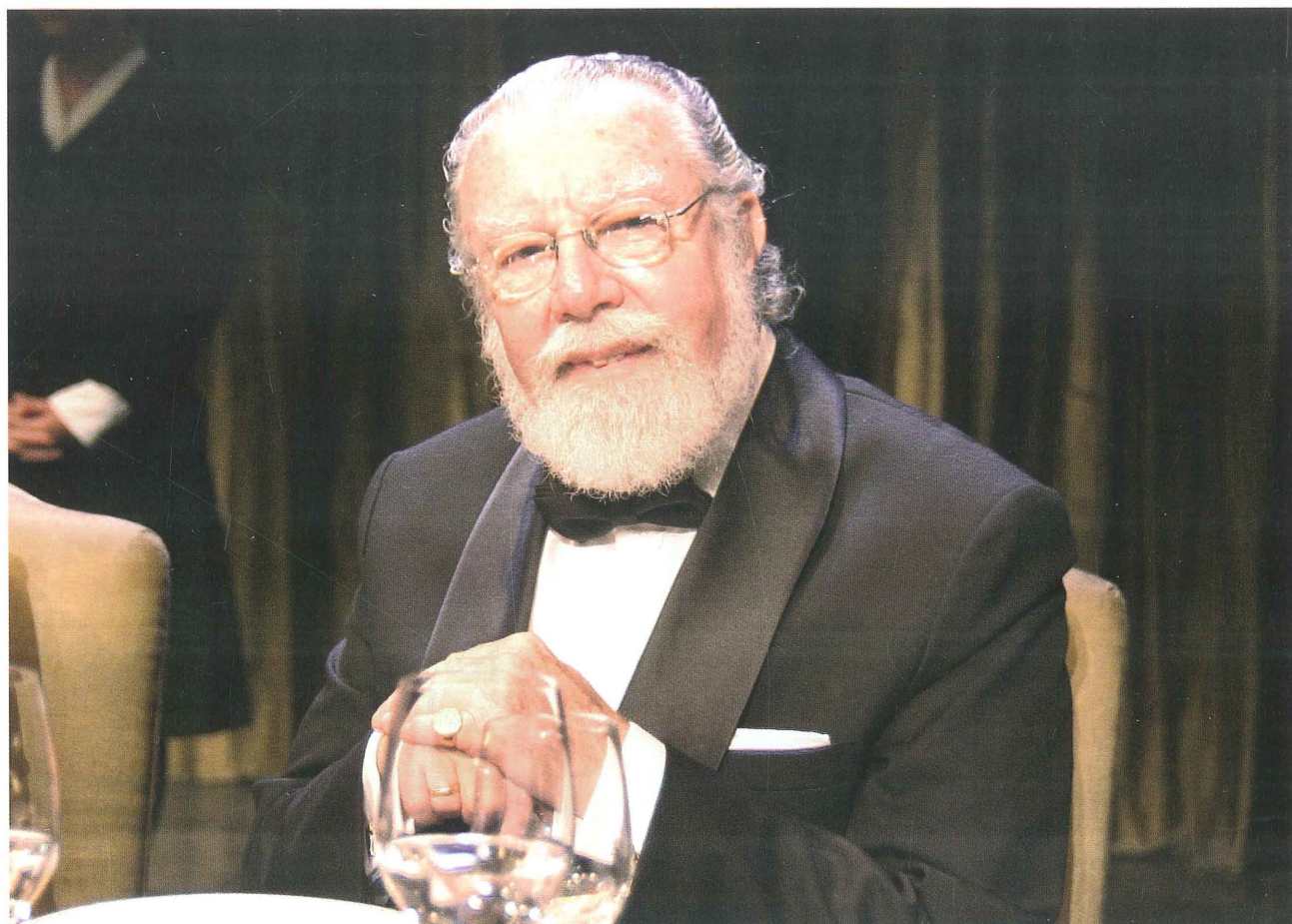
Providencialmente, un día de agosto, coincidimos en el local de Riva-Agüero Konrad Fischer, mi

compañero de clase en Económicas e introductor en la Compañía Lírica; Adalberto Bedón, también de Económicas; Luis Marcial, de Ingeniería; Javier del Solar y Fernando Hilbk, de Derecho; y yo, todos con enorme interés en hacer una obra de teatro para el fin de año. Dio la casualidad de que se nos acercó el R.P. Ramón María Condomines, quien les enseñaba Filosofía del Derecho a Del Solar y Hilbk, al que le comentamos nuestro interés. Él, que ya había dirigido teatro en España —según nos dijo y de donde era originario—, nos animó a que fuéramos a solicitarle al Rector Magnífico, como se titulaba en esos años, reverendo Germán Vargas Ugarte, su autorización y una partida de dinero que solventara los gastos de montaje. Así lo hicimos y fuimos muy amablemente atendidos, pero con el ofrecimiento de crear una partida para el próximo año e instaurar un Instituto de Arte Dramático, con espacio apropiado y una pequeña partida de dinero que cubriera el pago de profesores y el costo de montaje. Dicha partida se vería reforzada con los ingresos por la inscripción de los alumnos, no universitarios, que se matricularan. Entre estos últimos, lo anecdótico fue que se inscribieron desde una señora casada, Sara Ugarteche de Vallarino, hasta colegiales como Raúl Zizold Recavarren y, al año siguiente, la estudiante de tercero de secundaria Sabina Fantoni, que luego sería conocida como Saby Kamalich. Por cierto, dio lustre a la apertura de clases el hecho de que se anotara como «hombre barba» nada menos que el vicerrector, doctor Víctor Andrés Belaunde, quien años después fuera Presidente de la Asamblea de la ONU.

Así, en marzo de 1951, empezamos a recibir clases de actuación por el profesor Mario Rivera, quien regresaba de sus estudios de teatro y prácticas en Francia; de plasticidad y porte escénico por la profesora Trudy Kressel, prestigiosa bailarina húngara de ballet moderno; y lecciones de Historia del Teatro y de Mitología por el padre Condomines, quien también nos enseñaba a leer en verso. Luego, ensayábamos la obra de teatro que presentaríamos cerca de fin de año por el día de la universidad, y que resultó ser *Edipo Rey*, de Sófocles. Esta presentación, en el Teatro Municipal de Lima, fue muy bien recibida por la crítica de la época y el público asistente, que la premió con cinco largas alzas de telón. Esto permitió que se repusiera tres veces más, lo que, en esos tiempos y a Teatro Municipal lleno, fue considerado apoteósico.



La interpretación de Tuccio en *Edipo Rey*, de Sófocles, causó sensación en Lima a comienzos de 1952.



Carlos Tuccio en *La celebración*, de Harold Pinter (2007), dirigida por Chela de Ferrari.

Animados por los resultados obtenidos, el padre Condomines se decidió a montar en el mes de noviembre la obra de Buero Vallejo, *Historia de una escalera*, que transcurría en un conventillo y a la que la exquisitez del director decoró y vistió con suntuosidad que producía un chocante contraste con el ambiente y texto de la obra, lo que fue motivo de censura y mala crítica al montaje y vestuario, aunque se habló con encomio sobre la sacrificada actuación de los intérpretes.

El año 1952, además de nuestras clases, nos sorprendió el pedido de que casi todos los estudiantes de teatro, incluido el profesor Mario Rivera, así como el propio padre Condomines como director, nos encargáramos, junto a otros actores de la Asociación de Artistas Aficionados y profesionales de la radio bien remunerados, de la transmisión de lo que fue el más grande éxito radial de todos los tiempos, tanto en Perú como en Latinoamérica: *El derecho de nacer*. Esta radionovela se transmitiría a las nueve de la no-

che en la emisora de radio El Sol por cortesía de Coca Cola y bajo la producción de MacCann Erickson. No obstante, nos tomamos el tiempo necesario para ensayar y montar el poema de William Shakespeare, *La violación de Lucrecia*, traducida por el propio padre Condomines, en la sala Entre Nous.

Tanto el título de esta última obra, como el hecho de haber dirigido la radionovela *El derecho de nacer*, de don Félix B. Caignet, produjo en el primer cardenal del Perú, don Juan Güalberto Guevara, un profundo desagrado que lo llevó a expulsar del Perú en 1953 al padre Condomines. Este se vio obligado a dejarnos con profundo dolor y a afincarse en Colombia, donde prosiguió, con marcado éxito, su labor tanto eclesiástica como teatral.

Cabe acotar que el padre Condomines, quien fue además párroco de la iglesia del Buen Pastor, era, a mi entender, una persona muy controversial: a los cilicios con los que castigaba su cuerpo y a la auste-

“Así, en marzo de 1951 empezaron a recibir clases de actuación, de plasticidad y porte escénico y lecciones de Historia del Teatro y Mitología”.

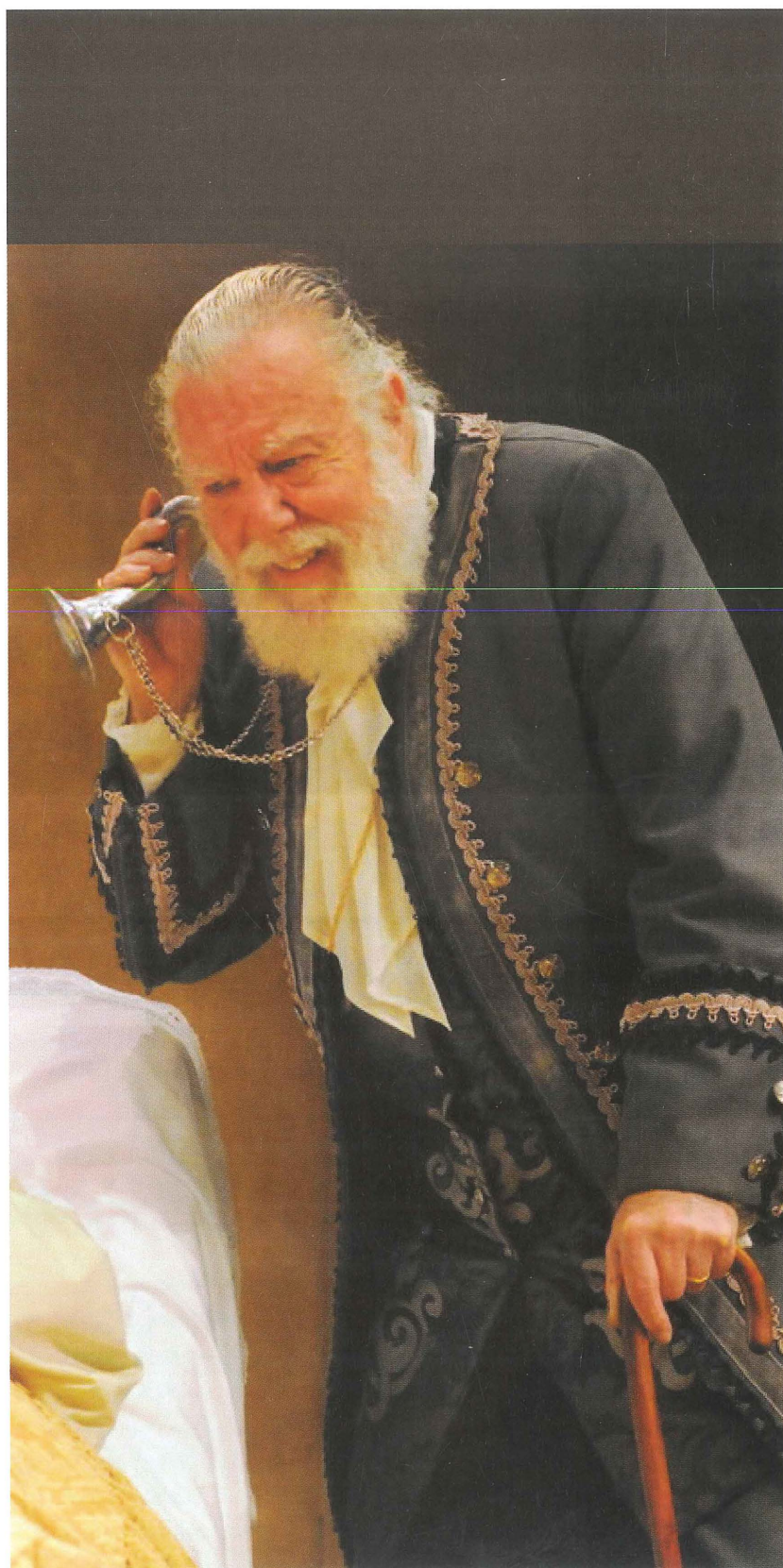
ridad en el comer y la reclusión a la que se sometía por días, se contraponía su gusto por los halagos, la exquisitez en el vestir y degustar. También hacía gala de su enorme cultura, pues además de su doctorado en derecho y en filosofía, donde practicaba la rama existencial, era humanista y políglota. Era entrañable con sus alumnos y allegados, y un tanto distante y frío con los que consideraba poco educados y carentes de cultura. Tenía una clara visión del presente y del futuro y todo lo que nos enseñó o predijo, luego se cumplió. Incluso, el hecho de su expulsión.

Tan importante ausencia comprometió al profesor Mario Rivera a encargarse de dirigir el Instituto de Arte Dramático por un par de años, tras los cuales quedó en manos de los propios alumnos que se agenciaban sus profesores y montajes.

Es bueno destacar que alumnos como Guillermo Nieto Heredia y Yolanda Osterling, respectivamente, se esforzaron por mantener vigente el Instituto, hasta que esta última, mediante gestiones con monseñor Tubino, solicitó la dirección del ingeniero Ricardo Roca Rey para reimpulsar el teatro de la universidad. Este, por sus múltiples ocupaciones, declinó el encargo y propuso al señor Ricardo Blume para tal propósito. Es así como en 1961 se reinicia, con más ímpetu, el Teatro de la Universidad Católica (TUC). Blume, se entrega con gran empeño, conocimientos y brío a la enseñanza y práctica de todas las ramas del teatro por casi diez años, periodo tras el cual viaja a México para establecerse allá, dejando nuevamente la actividad teatral a cargo de los alumnos. Esta vez el TUC será dirigido por sus propios exalumnos, ahora profesores, muchos de ellos con perfeccionamiento en el extranjero. Así, el TUC siguió presentando montajes anuales de nivel internacional, que sumados a su gran número de egresados como directores, escenógrafos y actores de gran calidad, dan prestigio al teatro peruano.

Es para mí motivo de enorme satisfacción el haber sido uno de los primeros iniciados en el teatro por la Universidad Católica del Perú, y ahora que el TUC cumple sus cincuenta años, tener el gusto de acompañarlos como su único representante con mis sesenta años como actor en actividad.

Solo me queda augurarle, en vista de la pléyade de futuros astros que embriona, que su historia incrementará sus logros con éxitos contundentes que impelarán su arte a la posteridad.



Carlos Tuccio en *Volpone*, de Ben Jonson, dirigida por Roberto Ángeles.